

Miguel Cornejo



Transilvania

© 2014, Miguel Cornejo

ISBN: 978-84-617-0488-0

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. 8Wwww.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Todos los derechos reservados.

A Melanie, ¿a quién si no?

“Pero recuerda, ahí fuera *sucedan* cosas. [...]
Sucedan ante tus propias narices y ni siquiera te das cuenta.
Sí, por supuesto puedes dar con ellas.
Lo único que has de hacer es buscarlas.
Aunque si yo fuera tú no lo haría...
porque cuando las encuentres, no te van a gustar.”

(Mickey Spillane, *Mi pistola es veloz*)

PRELUDIO

“...We all live in happiness our life is full of joy
We say the word tomorrow without fear.”

Halloween, *Future World*

-¡Hernández Vela, Daniel!

Había llegado el momento. Después de mi amigo Dani, dijeron mi nombre y me dirigí hacia el estrado. Me felicitaron por haber logrado graduarme y me pusieron la misma banda azul grisáceo que a mis compañeros. Después regresé a mi sitio, mientras la ceremonia seguía con su ritmo tedioso. Los nombres de los restantes compañeros fueron sonando uno a uno, y repitieron el mismo ritual que los que me precedieron, yo mismo incluido.

Había sido una ceremonia un tanto aburrida, por decirlo suavemente. Primero los discursos de bienvenida, llenos de excelentísimos, magníficos y superlativos representantes del profesorado universitario. A continuación, una intervención interminable de un poeta de medio pelo, que defendía que había que leer poesía china del siglo XI en vez de a Ildefonso Falcones. No sabía de qué iba el tipo aquel. Conocía a gente que no había abierto un libro que no estuviese relacionado con la carrera en cinco años, y ninguno fue por placer. ¿Cómo pretendía aquel hombre que personas que no habían pasado de la poesía de los libros de texto del instituto, atontada por la tele e hipnotizada por Internet, leyera poesía china sin haber abierto un libro de literatura comercial primero? Para llegar a ese nivel de sofisticación había que empezar por el principio. Falcones era tan bueno como cualquier otro. El problema consistía en quedarse con él y no leer algo de más nivel. Pero así eran los autodenominados intelectuales, tan pagados de sí mismos que olvidaban su propia mediocridad. Apenas una hora después ya había olvidado el nombre del poeta.

Finalmente llegó la actuación del coro. Eso dio otro ritmo al asunto. Ya iba siendo hora. Me gustaron las interpretaciones del *Agur Jaunak*, una tonada tradicional vasca, y de los *Cantares* de Machado, revisados por Joan Manuel Serrat. Ambas marcaron el principio

del fin, no sin que antes todos los asistentes nos pusiéramos en pie para el *Gaudeamus Igitur*, el himno de los estudiantes. Me salió una sonrisa torcida. Estaba la cosa como para regocijarse por ser jóvenes, no te jode.

La actuación del coro había sido lo mejor de todo. Cuando terminaron los aplausos, los asistentes comenzamos a salir del Paraninfo del palacio de Congresos Conde Ansúrez. ¡Por fin!

Antes de entrar había echado un vistazo a la fachada del edificio. No estaba mal la restauración. Parecía ligeramente más neoclásico de lo que uno podría pensar si le dicen que era del XVII, sería cosa del remate triangular, que le hacía parecer un templo griego. Las escaleras de piedra falsa y las barandillas metálicas no lo jodían demasiado. Había dos tramos de escaleras y un descansillo que daba a la puerta principal. Allí nos situamos los alumnos graduados para que familiares y amigos sacaran las preceptivas fotos con las bandas que nos habían entregado. Sonrisa de oreja a oreja falsa como un billete de tres euros y fin de la farsa.

Si de mí hubiera dependido, no habría acudido a aquella ceremonia. Pero había que ser un niño bueno y darle el gusto a mis padres, que para eso habían pagado matrículas, libros y fotocopias. Y aún quedaba el jodido titulito, por el que cobraban una tasa exagerada. Encima tardaban un año en mandarlo. Como si no tuvieran un sello con la firma del Rey, otro con la del ministro y ambos tuvieran que sacar un hueco para firmar unos cuantos papeles. En fin, la burocracia.

Para más inri, Elena y Dani estaban un poco separados durante el acto, porque habían llegado antes y fueron requeridos por un grupo de alumnos con los que yo nunca había tenido relación, pero ellos sí. Eso me fastidió y me hizo aburrirme aún más. Pero a la

salida, todo eran sonrisas.

–¡Ey! –dije dirigiéndome a mis amigos, después del arrumaco entre ambos–. ¡Lo conseguimos!

–Ha costado, pero sí –Elena estaba más guapa que nunca.

–Ahora si vamos a México ya nos pueden decir ¿Cómo está, licenciado? –bromeó Dani.

–¡Es verdad! –Los tres estallamos en carcajadas.

–Vamos para abajo, que toca sesión de fotos.

Nos reunimos con familiares y amigos. Nos hicimos fotos. Cuando los tres quisimos hacernos una juntos al lado del monumento a los Reyes Católicos cubierto de musgo amarillento, apareció un joven de pelo rapado y vestido de riguroso negro, a pesar de estar en pleno julio.

–Ésta os la hago yo.

–¿Qué tal, Pete? –abracé al recién llegado.

–Bien. ¿Creías que me lo iba a perder?

–Sabía que no.

–Ok, dame la cámara –Pete buscó el encuadre– A ver, decid whisky en la jarra.

–¡Whisky en la jarra!

Pete tuvo que sacar otra foto porque su chiste nos había hecho reír demasiado, por lo que todos teníamos una mueca en lugar de una sonrisa.

–Hora de ir al ágape –dijo el improvisado fotógrafo.

–No exageres, es lo que llaman un vino español –replicó Dani.

–Eufemismos. Pinchos y bebidas a mansalva –contraatacó Pete.

–Haya paz – medió Elena.

–¿Creéis que estará el decano?

–No le degrades, Pete –dije–, ahora es vicerrector.

–Para mí siempre será el decano –dijo Pete.

–Lo que tú digas. Pero no nos cuentes la anécdota de *Star Trek*, que nos la sabemos de memoria.

Todos reímos. Yo retomé la palabra:

–Y ahora, como diría Bender, a jalar de balde.

Hubo más risas. Pete imitó con más gracia la voz del robot de Futurama. Pusimos rumbo a Filosofía y Letras. Después los tres licenciados habíamos reservado mesa en un restaurante del centro, lo que era un poco contradictorio, pues íbamos a comer mucho y gratis en el patio de la facultad. Cerraríamos la noche en algún bar de copas, si es que había alguno abierto un día de diario. Ese día tocaba celebración. La cruda realidad quedaba aparcada hasta el día siguiente.